



Seix Barral



Carson McCullers

Iluminación y fulgor nocturno

Prólogo de Elena Poniatowska





Seix Barral Biblioteca Formentor

Carson McCullers

Iluminación y fulgor nocturno

Autobiografía inacabada

Edición e introducción de Carlos L. Dews
Prólogo de Elena Poniatowska

Traducción del inglés por
Ana M.^a Moix y Ana Becciu

Título original: *Illumination & Night Glare. The Unfinished Autobiography of Carson McCullers*

© The Estate of Carson McCullers and Columbus State University's Carson McCullers Center for Writers and Musicians, 1999

© por la traducción, Ana M.ª Moix y Ana Becciu, 2001

© edición e introducción, Carlos L. Dews

© por el prólogo, Elena Poniatowska, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3257-2

Depósito legal: B. 11.924-2017

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

9	<i>Lista de ilustraciones</i>
11	<i>Prólogo, por Elena Poniatowska</i>
19	<i>Prefacio</i>
21	<i>Agradecimientos</i>
23	<i>Introducción</i>
41	ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO
145	CORRESPONDENCIA de Carson y Reeves McCullers durante la Segunda Guerra Mundial
255	<i>Cronología</i>
283	<i>Bibliografía</i>

LISTA DE ILUSTRACIONES

- 42 *Página mecanografiada de Iluminación y fulgor nocturno*
- 51 *Lula Carson a la edad de dos años*
- 54 *La familia de C. Graham Johnson*
- 55 *Lula Caroline Carson Waters, abuela materna de Carson*
- 58 *Carson al piano*
- 62 *Carson con sus padres*
- 64 *Carson y Reeves McCullers en la época en que se casaron*
- 68 *Annemarie Clarac-Schwarzenbach*
- 70 *Grupo de artistas en Yaddo, 1941*
- 71 *Carson y Tennessee Williams en La Habana, 1955*
- 76 *Margarita Gachet Smith*
- 77 *Carson en Nyack*
- 93 *Carson y Reeves en Venecia*
- 94 *Carson en L'Ancienne Presbytere*

105	<i>Arnold Saint Subber</i>
111	<i>Lamar Smith (hijo)</i>
121	<i>Carson con Marilyn Monroe, Arthur Miller e Isak Dinesen</i>
123	<i>Carson, Reeves, Edwin Peacock y John Zeigler</i>
128	<i>Carson y John Huston</i>
131	<i>Marielle Bancou</i>
139	<i>Doctora Mary Mercer</i>
141	<i>Carson McCullers, 1967</i>

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO

BIOGRAPHY

by

CARSON McCULLERS

First Draft

ILLUMINATION AND NIGHT GLARE.

My life has been almost completely filled with work and love, thank goodness. Work has ^{Not too love, may I add.} not always been easy. ^{working life} My adolescence was almost blighted ^{at} ~~from~~ the time I was seventeen and for a number of years, by a ^{novel} ~~work~~ I simply could not understand. I had at least five or six characters who were very clear in my mind. Each of these characters were always talking to the central character. I understood them, but the main character was ^{unfocused} ~~blurred in my mind~~, although I knew that he was central to the book. Time and again I thought I would just ~~write~~ ~~these~~ characters as short stories, but always I was restrained, because I knew that this mysterious ^{creation} ~~work~~ was going to be a novel.

Then suddenly, as I was walking up and down the rug in my living room, skipping every other square in the design, and worn out with the problem I had set for myself, the solution all at once came to me. The central character, the silent one, had always been called Harry Minowitz, but as I was thinking and pacing, I realized that he was a deaf mute, and that was why the others were always talking to him, and why, of course,

Facsímil de una página mecanografiada de *Iluminación y fulgor nocturno*. (Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)

ILUMINACIÓN Y FULGOR NOCTURNO
AUTOBIOGRAFÍA INACABADA
DE CARSON MCCULLERS

[Iluminación y fulgor nocturno]

El trabajo y el amor han llenado casi por completo mi vida, a Dios gracias.* El trabajo no siempre ha sido fácil; cabe añadir que el amor tampoco. Por lo que respecta al trabajo, cuando tenía diecisiete años, y durante varios más, mi vida quedó prácticamente colapsada por una novela que sencillamente no veía clara. Tenía cinco o seis personajes, como mínimo, clarísimos en mi mente. Cada uno de estos personajes estaba siempre hablando con el protagonista. Yo los comprendía, pero el protagonista, aunque yo sabía que era el centro del libro, quedaba fuera de foco.

Una y otra vez pensé que utilizaría dichos personajes para escribir cuentos, pero algo siempre me retenía a hacer-

* La presente edición de la autobiografía inacabada de Carson McCullers está basada en dos copias mecanografiadas depositadas en el Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, en Austin. Se han hecho todos los esfuerzos necesarios por atenerse a los planes de McCullers en cuanto a la preparación de esta edición de su autobiografía, en la medida en que sus intenciones han podido dilucidarse.

lo porque sabía que esta misteriosa creación acabaría siendo una novela.

Entonces, mientras caminaba de un extremo al otro de la alfombra de mi sala de estar, saltándome los cuadrados del dibujo, y agotada por un problema que yo misma me había planteado, se me ocurrió de golpe la solución. El protagonista, el silencioso, siempre se había llamado Harry Minowitz; pero, mientras yo pensaba y caminaba, me di cuenta de que era sordomudo, y por eso los demás siempre le hablaban a él, y él, claro, nunca les contestaba.

Fue una verdadera iluminación, que dio luz a cada uno de los personajes y enfocó todo el libro. De entrada, cambié el nombre de Harry Minowitz por el de Singer, más expresivo según la nueva concepción del libro, que, con esa nueva idea, arrancaba perfectamente. A modo de prefacio, escribí el siguiente texto:

El tema principal de este libro se enuncia en las primeras doce páginas. Es el tema de la rebelión del hombre contra su propio aislamiento interior y su necesidad de expresarse tan plenamente como le sea posible. En torno a esta idea general hay varios temas contrapuestos, algunos de los cuales se pueden enunciar someramente como sigue: 1) En el hombre existe una profunda necesidad de expresarse a sí mismo mediante la creación de un principio unificador o Dios. Un Dios personal creado por un hombre es un reflejo de sí mismo y, en esencia, este Dios es, muy a menudo, inferior a su creador. 2) Es probable que, en una sociedad mal organizada, estos dioses individuales, o principios, sean quiméricos y fantásticos. 3) Cada hombre debe expresarse a sí mismo a su manera; pero, con frecuencia, se lo impide una sociedad restrictiva y miope. 4) Los seres humanos son gregarios de nacimiento, pero una tradición social cruel les obliga a adoptar actitudes que no concuerdan con su naturaleza más profunda. 5) Algunos hombres son héroes por naturaleza: lo darán todo de sí mismos sin tener en cuenta el esfuerzo o el beneficio personal.

Por supuesto, estos temas nunca están abiertamente ex-

presados en el libro. Se perciben, matizados, a través de los personajes y de las situaciones. En gran parte, dependerá de la percepción del lector y de la atención con que se lea el libro. En algunos pasajes, las ideas subyacentes quedarán ocultas muy por debajo de la superficie de una escena y, otras veces, estas ideas se mostrarán con cierto énfasis. Los diversos motivos recurrentes a lo largo del libro, coinciden en las últimas páginas de modo que, al final, da una sensación de cohesión irrevocable y programada.

El esquema general de este libro se puede expresar muy simplemente. Es la historia de cinco individuos aislados, personas solas en busca de una expresión e integración espiritual en algo superior a ellas. Uno de estos cinco individuos es John Singer, un sordomudo, y todo el libro gira en torno a él. Debido a su soledad, las otras cuatro personas ven en el mudo cierta superioridad mística y, en cierto sentido, lo convierten en su ideal. La deficiencia de Singer hace que su carácter aparente sea vago e ilimitado. Sus amigos son capaces de atribuirle todas las cualidades que desean que tenga. Cada uno de estos cuatro sujetos crea su concepción del mudo a partir de sus propios deseos. Singer puede leer los labios y entender lo que le dicen. Hay algo irresistible en su eterno silencio. Cada una de estas personas hace del mudo el depositario de sus ideas y sentimientos más personales.

La situación entre los cuatro personajes y el mudo tiene su paralelo casi exacto en la relación entre Singer y Antonapoulos, su amigo sordomudo. Singer es la única persona que puede atribuir a Antonapoulos dignidad y cierta sabiduría. El amor de Singer por Antonapoulos se insinúa en todo el libro desde la primera hasta la última página. En Singer no hay nada que este amor no altere. Cuando están separados, su vida carece de sentido; lo único que hace es contar el tiempo que falta para estar otra vez con su amigo. Sin embargo, las cuatro personas que se dicen amigos de Singer no saben nada de Antonapoulos, nada hasta casi el final del libro. La ironía de esta situación se va haciendo, lenta y progresivamente, más evidente a medida que progresa la historia.

Cuando Antonapoulos, finalmente, muere de la enfermedad de Bright, Singer, abrumado por la soledad y el des-

consuelo, enciende el gas y se mata.* Sólo entonces los otros cuatro personajes empiezan a comprender al verdadero Singer.

Alrededor de esta idea central hay mucho de las características y el tono de una leyenda. Todos los pasajes directamente relacionados con Singer están escritos en el estilo sencillo propio de una parábola.

Antes que se pueda tener plena conciencia de los motivos desencadenantes de esta situación, es necesario conocer detalladamente cada uno de los personajes principales. Pero los personajes no se pueden describir de la manera adecuada si no se tienen en cuenta los acontecimientos que viven. De hecho, todo lo que ocurre en el libro emana directamente de los personajes. En este libro, cada uno de los personajes aparece estrechamente relacionado con sus actitudes más acusadas y que mejor los caracterizan.

Por supuesto, hay que tener en cuenta que estas características personales no están expresadas tan obviamente como se hace aquí. Están implícitas en la secuencia de las escenas y únicamente al final, cuando se considera la suma de estos sobreentendidos, se comprenden los personajes en sus aspectos más profundos.

Y al día siguiente empecé a escribir el libro: «En la ciudad había dos mudos, y siempre estaban juntos.» Durante casi un año trabajé sin cesar, y cuando mi profesora, Sylvia Chatfield Bates, quien me había dado clases de creación literaria durante un semestre en la Universidad de Nueva York, me escribió diciéndome que Houghton [Mifflin] estaba organizando un concurso de primeras novelas, escribí una sinopsis [de «The Mute»] y la presenté junto con las casi cien páginas que tenía escritas. Este proyecto fue para mí un respaldo moral, pese a que nunca, ni antes ni después, trabajé siguiendo tan de cerca lo planeado con anterioridad. No obtuve el pre-

* En la versión definitiva de la novela, «sacó una pistola del bolsillo [de la chaqueta] y se disparó una bala en el pecho». (*N. de la edic. española.*)

mio, pero [Houghton Mifflin] me ofreció un contrato. Fue como si me hubieran premiado, y seguí escribiendo.

Entre tanto, en 1937, a los diecinueve años, me había enamorado de Reeves McCullers y me había casado con él. Les dije a mis padres que no deseaba casarme sin haber tenido antes una experiencia sexual con él; pues, ¿cómo podía saber si me gustaría o no estar casada? Creí que debía confesárselo a mis padres. Les dije que el matrimonio era una promesa, una promesa como otras, y yo no quería prometerle nada a Reeves hasta no estar absolutamente segura de que me gustaba el sexo con él. Leer a Isadora Duncan y *El amante de lady Chatterley* era una cosa, y la experiencia personal otra. Además, en todos los libros, al llegar a lo que uno realmente quería saber, aparecían asteriscos. Cuando le pregunté a mi madre acerca del sexo, me pidió que la acompañara detrás del acebo y, con simplicidad sublime, me dijo: «El sexo, querida mía, tiene lugar en donde te sientas.» Por consiguiente, me vi obligada a leer libros de texto sobre sexo que hicieron que todo aquel asunto me pareciera aburridísimo e increíble a la vez.

Les dije a mis padres que mi plan era reunirme con Reeves que partía a Goldens Bridge para pasar el invierno. Me respetaron por mi franqueza y, no sin cierta reticencia, me dejaron ir.

La experiencia sexual no fue como en D. H. Lawrence. No hubo grandes excesos ni luces de colores, pero me permitió conocer mejor a Reeves y aprender a amarlo realmente. Bebíamos champán rosado y comíamos tomates fuera de estación. Le conté a Reeves «The Mute», el título provisional de *The Heart Is a Lonely Hunter* [*El corazón es un cazador solitario*], y se ilusionó tanto como yo. El nuestro sería un matrimonio de amor y escritura. A raíz de asistir a la clase de Sylvia Bates, en 1936 yo había publicado mi primer cuento en *Story Magazine*. El cuento se titulaba «Wunderkind».¹

1. «Wunderkind», *Story*, volumen IX, N.º 53, diciembre de 1936.

(Es difícil darse cuenta de la importancia y el prestigio que tenía *Story Magazine* en aquella época entre los autores jóvenes.) Entusiasmado también por esto, Reeves pensó que a él mismo le gustaría ser escritor. El 20 de septiembre de 1937 nos casamos, y yo seguí escribiendo «The Mute».

Después de cursar brevemente filosofía, psicología, etcétera, en Nueva York, Reeves encontró un empleo en Carolina del Norte y nos trasladamos a Charlotte.

Mi vida seguía la pauta que siempre he seguido. Trabajo y amor.

«The Mute», mi primer título (luego mi editor lo cambió por *El corazón es un cazador solitario*, un título que me gustó), me llevó dos años de escritura, y fueron años muy felices.² Trabajé mucho y amé mucho. Inmediatamente después de haber terminado *El corazón* en 1939, empecé otro libro: *Reflections in a Golden Eye* [*Reflejos en un ojo dorado*].

El modelo amoroso apareció cuando yo era niña. Adoré a una anciana dama que olía siempre a verbena y limón. Yo dormía con ella y nos acurrucábamos y secreteábamos en la oscuridad. A menudo me decía, «Acerca la silla, tesoro, y sube al cajón de arriba del escritorio», y allí encontraba yo algo rico. Una magdalena o, para mi deleite, una vez, naranjitas chinas. Mi primer gran amor fue mi abuela, a quien yo llamaba Mommy.³

No tuvo una vida feliz, pero jamás se quejó. Su marido⁴ había muerto de alcoholismo después de pasar años al cui-

2. Robert Linscott, el editor de McCullers en Houghton Mifflin, propuso el título de *The Heart Is a Lonely Hunter*, tomado de un poema, «The Lonely Hunter», de Fiona MacLeod, seudónimo de William Sharp.

3. Lula Caroline Carson Waters (1858-1923), abuela materna de McCullers.

4. Charles Thomas Waters (1860-1890).

dado de un criado, un hombre muy fuerte que podía controlar sus puñetazos intempestivos. No obstante, Mommy jamás tuvo aversión al alcohol ni nada parecido. Una vez, al final de su enfermedad, fueron a visitarla las damas de la WCTU [Unión de Mujeres Cristianas Contra el Alcoholicismo]. Llegaron con expresiones tan serias que parecían una delegación.

«Sé a qué vienen —dijo Mommy—. Ustedes vienen para que me deje imponer esa insignia oro y púrpura; pero, y lo digo sin rodeos, no la quiero. Pertenezco a una gran familia de bebedores. Mi padre bebía, mi yerno [Lamar],⁵ que es un santo, también bebe. Qué triste me pone oír ese ¡PUM!, señal de que toda su cerveza casera ha explotado. Y yo también bebo.»

«¿Usted? ¡No es posible, señora Waters!», exclamaron las damas, escandalizadas.

«Todas las noches Lamar me prepara un ponche, y yo lo encuentro buenísimo.»

«Señora Waters, por favor!», dijeron espantadas las de la delegación.

Cuando entró papá, Mommy, muy pícara, le dijo:

«¿Es la hora de mi ponche, Lamar? Sería delicioso tomarlo ahora mismo.»

«¿Desea alguna de las señoras acompañarnos?», preguntó papá.

Pero las damas ya huían despavoridas.

«Si he de decirte la verdad, Lamar, estas damas de la WCTU son tremendamente cortas de entendimiento, aunque supongo que está mal que lo diga.»

«Muy mal», le contestó mi padre mientras le servía su ponche.

La mantenían su suegro y sus hermanos. Sus hermanos iban diariamente a su casa para comer al mediodía, pero todo el rato tenía que insistirles para que fueran a comprar-

5. Lamar Smith (1889-1944), padre de McCullers.

le las entradas del circo para los chicos. Era una época y un lugar en que los hombres no creían que las mujeres tuvieran sentido común. De manera que ellos mismos encargaban los toneles de harina, tocino y otros ingredientes, y los hacían enviar a su casa. Encargaban también la ropa de sus niños, que a ella no le gustaba nada, y que, muchas veces, tampoco servía. Así y todo, su bienestar estaba asegurado, acaso demasiado para su gusto.

Durante la enfermedad terminal de mi abuela, a mi hermano,⁶ a mi hermana⁷ y a mí nos enviaron a casa de tía Tieh,⁸ con nuestros cinco primos. Era maravilloso dormir en la enorme galería dormitorio. Mi prima mayor⁹ nos contaba los cuentos de hadas de la montaña de cristal, las fábulas de Esopo, y nosotros, felices, nos quedábamos dormidos. Tía Tieh tenía una hermosa viña y muchos árboles frutales. En la mesa del desayuno siempre había miel Tupelo y, muchas veces, higos maduros y pelados que nosotros comíamos echándoles mucha crema por encima. Los domingos siempre nos daban helado y a mí me dejaban batirlo y, por supuesto, lamer la espátula. Cuando el jardinero me dijo que mi abuela había muerto, apenas comprendí qué quería decir. Tía Tieh nos llevó de regreso a casa en su viejo Dodge.

Al llegar, cuando vi la corona de flores colgada en la puerta, comprendí que algo raro e inquietante había ocurrido. Me desplomé en el suelo del vestíbulo e, instantes después, tuve una convulsión. Cuando me calmé, aquella tarde, mi madre quiso que yo besara a mi abuela, pero con firmeza

6. Lamar Smith (hijo), hermano de McCullers, nacido el 13 de mayo de 1919.

7. Margarita Gachet Smith, hermana de McCullers, nacida el 2 de agosto de 1922.

8. Martha Elba Waters Johnson (1885-1953), tía materna de McCullers.

9. Virginia Johnson, prima de McCullers, hija de Martha Elba Waters Johnson y C. Graham Johnson.



«El modelo amoroso apareció cuando yo era niña.» Lula Carson a la edad de dos años. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

le dije: «Está muerta, ¿no? La gente no besa a las personas muertas. Los besos son para los vivos.» Mi abuela murió, pero su espíritu aún vive en mí, y siempre he tenido su foto colgada en la pared de mi casa: una viuda joven, hermosa, con cinco niños.

A mi madre¹⁰ y a papá también les quería; pero, para mí, Mommy siempre fue alguien muy especial. Ella era la propietaria de la casa en que vivíamos. Era una casa pequeña en la calle 13, en Columbus, Georgia. Los suelos crujían como suele suceder en las casas viejas. Era dueña de la casa y de las dos propiedades que había detrás. En esta casa nací y viví durante mi primera infancia. Mis padres y mi abuela no me permitían jugar con los hijos de los vecinos, salvo con Helen Harvey, la chica que vivía en la acera de enfrente.

[texto perdido...]¹¹ de Health & Beauty, que hacía rugir a mis padres, pensando en todas las convulsiones que había tenido. El colegio estaba bien, yo aprendía con facilidad y desde allí, por la tarde, iba directamente a las clases de piano. En casa, prácticamente no hacía deberes. Aprobé todos los cursos, pero eso fue todo. Me gustaba trepar a un árbol que había en la parte de atrás y sentarme en la casa que mi hermano y yo nos habíamos construido allí. Teníamos un elaborado sistema de señales para la cocinera, que era muy buena con nosotros y ataba una cuerda a una canasta y nos subía golosinas. Años más tarde, cuando tuve problemas, seguí refugiándome en la misma casa del árbol.

Yo había oído contar cosas horribles del colegio secundario. Había oído, por ejemplo, que cuando la señorita Cheeves se muriera su cerebro sería enviado al Museo del

10. Vera Marguerite Waters (1890-1955), madre de McCullers, a quien la familia llamaba Bebe.

11. En la copia mecanografiada de la autobiografía falta la primera línea de esta página.

Instituto Smithsonian porque era muy inteligente. Mi madre me vistió con un traje de lana rosa y partí rumbo a esa escuela aterradora. No era tan mala como yo creía. Mis padres no me obligaban a ir todos los días, ya que yo quería ser concertista de piano. Iba las horas imprescindibles para no perder el ritmo de las clases. Hoy, años después, mis profesores de secundaria están asombradísimos de que alguien tan negligente como era yo pueda ser una escritora de éxito. La verdad es que yo no creo en la escuela, en cambio creo firmemente en una educación musical concienzuda. Mis padres estaban de acuerdo conmigo. Por ser tan solitaria, seguro que me perdí ciertas ventajas de orden social; pero eso no me preocupaba.

La primera semana de clase, encontrándome yo en el sótano, fui literalmente capturada por una chica. Me tiró al suelo y me dijo:

«Di joder tres veces.»

«¿Qué significa?», pregunté.

«No importa, tú, azucena pura e inocente, dilo y basta.»

Me machacaba la cara sin parar contra el suelo de cemento.

«Bueno, joder», dije.

«Dilo tres veces.»

«Joder, joder, joder», dije a toda velocidad, y me soltó.

Aún puedo sentir su mal aliento en mi cara, y sus manos sudorosas. Cuando me liberó, corrí a casa, pero no se lo conté a mis padres porque sabía que era algo feo y malo.

«¿Qué te ha ocurrido en la cara?», preguntó mi madre.

«Cosas que pasan en el colegio», dije. Si bien nada tan dramático volvió a sucederme, el aburrimiento de la escuela fue una experiencia horrible. Cuando me gradué, a los diecisiete años, no asistí a todas las ceremonias, pero le pedí al director que guardase mi diploma, que mi hermano pasaría a recogerlo al día siguiente.

Sin embargo, no tuve una infancia solitaria, porque cuando cumplí cinco años de edad, en 1922, papá compró



«Durante la enfermedad terminal de mi abuela, a mi hermano, a mi hermana y a mí nos enviaron a casa de tía Tieh, con nuestros cinco primos.» La familia de C. Graham Johnson. (*Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.*)



«Mi primer gran amor fue mi abuela, a quien yo llamaba Mommy.» Lula Caroline Carson Waters (1858-1923), abuela materna de Carson. *(Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)*

un piano. Mi tía Tieh tenía un piano y yo lo había tocado con sumo cuidado y hasta había arreglado algunas cuerdas. Entonces, cuando llegó mi piano, inmediatamente me senté y empecé a tocar. A mis padres les pareció un milagro.

Me preguntaron qué tocaba.

«Una melodía que compuse», les dije. Y toqué al ritmo de *Yes, We Have No Bananas*.

Decidieron que yo debía tener una profesora de música y le pidieron a la señora Kierce¹² que me diera clases dos veces por semana.

Las clases no me gustaban mucho, prefería componer mis propias melodías. La señora Kierce estaba impresionada y transcribía la música escrupulosamente. Estudié con ella hasta que, unos diez años más tarde, escuché un recital de la señora Tucker,¹³ y mi sueño fue que ella se convirtiera en mi profesora. Lo hablé con la señora Kierce, que estuvo de acuerdo conmigo.

La pieza que toqué para mi nueva profesora fue la segunda Rapsodia Húngara. Al terminar, dijo que era la Rapsodia Húngara más rápida y más tumultuosa que había escuchado nunca, y me aceptó como alumna. Pero no sólo como alumna: pasaba todos los sábados en su casa y ella me inició en Bach, a quien nunca había escuchado antes.

La señora Tucker era para mí la encarnación de Bach, de Mozart y de toda la hermosa música que a la edad de trece años envolvía toda mi alma. En un concierto de Rachmaninov conocí a mi primer amigo adulto.

Tenía veintitrés años y yo diecisiete, y, cuando estábamos juntos, hablábamos de todo. No sólo de música, también me inició en la lectura de Karl Marx y de Engels, que fue una de las cosas que forjó mi pensamiento sobre la justicia. A menudo, durante la Depresión, viendo a los negros

12. Helen (Alice) Kendrick Kierce.

13. Mary Tucker, esposa de Albert Sidney Johnston Tucker, coronel del Ejército de Estados Unidos.

revolver los cubos de basura de casa y acercarse a pedir limosna, me había dado cuenta de que algo terrible y equivocado pasaba en el mundo, pero jamás había pensado intelectualmente en ello.

Edwin Peacock, mi nuevo amigo, venía todos los sábados por la tarde, y sus visitas me alegraban. No estaba «enamorada»; era una verdadera amistad, que a decir verdad se ha mantenido a lo largo de toda mi vida.

Era una dicha para mí ir de compras a la ciudad con mi madre y mi abuela. Una vez, cuando me llevaron a comprar telas (mi madre siempre me confeccionaba los vestidos y mi abuela la ropa interior), mi Mommy se sentó en un banquito de la tienda y dijo que no se sentía muy bien. Mi madre llamó un taxi y me pidió que la llevara a casa y que le dijera a Cleo, la criada, que la desvistiera y la acostara.

«No es nada —dijo mi abuela—, sólo un pequeño mareo.»

Sintiéndome muy importante, ayudé a Mommy a subir al taxi y la llevé a casa. Cleo y yo la desvestimos. Pero, a pesar de sus protestas, no se trataba de un mareo. Era anemia perniciosa, y se murió al año siguiente.

Yo anhelaba una sola cosa: irme de Columbus y dejar huella en el mundo. Al principio quise ser concertista de piano. La señora Tucker me animaba a ello. Luego me di cuenta de que papá no podía enviarme a estudiar a Juilliard ni a ninguna otra gran escuela de música. Sé que a papá esto le preocupaba, y, como yo le quería, no dije nada al respecto, pero dejé de pensar en una carrera musical y le comuniqué que había cambiado de «profesión», que sería escritora. Era algo que podía hacer en casa, y me puse a escribir todas las mañanas.

Mi primer libro se tituló *A Reed of Pan*. Se trataba, por

supuesto, de un músico que sí estudiaba y lograba hacer cosas. Pero como no estaba satisfecha con el libro, no lo envié a Nueva York, pese a que me habían hablado de agentes y todas esas cosas. Tenía dieciséis años y seguí escribiendo. El siguiente libro se llamó *Brown River*. Apenas lo recuerdo, salvo que tenía una marcada influencia de *Hijos y amantes*.

En su testamento mi abuela dejó «a su nieta de ojos grises» el único objeto de valor que poseía: un hermoso anillo de brillantes y esmeraldas. Me lo puse una sola vez, ya que sabía que debía venderlo. Mi padre, que era joyero en la ciudad, lo vendió para que yo pudiera ir a Nueva York a estudiar creación literaria y filosofía.

Así, pues, por fin me iba de casa para estudiar. Una mu-



«Al principio quise ser concertista de piano. La señora Tucker me animaba a ello.» (Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.)

chacha que yo no conocía estaba estudiando en Columbia y me invitó a compartir con ella su habitación. Papá la vio una sola vez y manifestó sus dudas al respecto porque la chica llevaba el pelo teñido, en una época en que solamente las chicas «ligeras» se teñían el pelo. Pero me permitió ir.

Viajé en barco desde Savannah a Nueva York; era la primera vez que veía el mar, y, luego, oh, maravilla, vi la nieve.

Mi nueva amiga vivía en el piso de arriba de una lencería. Noté en seguida que casi nunca estaba en casa: en realidad, tenía un novio con quien pasaba las noches. Un hombre me siguió por la escalera y trató de abrazarme, pero yo lo empujé con tal violencia que rebotó contra la pared. Entonces, me encontré allí clavada, en la soledad de aquel cuarto, con una sensación de peligro y temor a los hombres extraños. De día me iba a Macy's y me sentaba en una cabina telefónica; sabía que allí, al menos, estaba segura. Y luego, vuelta al horror de una noche sin dormir.

Finalmente me decidí a ir a ver a la decana de mujeres de Columbia y pedirle consejo.

«¿Cuántos años tiene?», me preguntó.

«Diecisiete», contesté con orgullo.

«Usted es demasiado joven para vivir sola en la ciudad», y me propuso un club de chicas estudiantes.

Recogí mis pertenencias y me mudé al Club Parnassus. Y por primera vez en más de una semana pude dormir. Dormí veinticuatro horas seguidas.

Una muchacha del club estaba practicando una fuga de Bach y me sentí como en mi casa. Por suerte, hice amistades con mucha facilidad. Cuando mi primera amiga íntima me contó que se mudaba al Three Art's Club (Club de las Tres Artes), decidí seguirla.

Como mis medios económicos eran escasos, conseguí un empleo en una revista que se llamaba *More Fun and New Comics*. Yo, una escritora trágica, trabajando para revistas cómicas. El trabajo consistía en hacer de «testaferro», pues, como pronto descubrí, las revistas tenían querellas judicia-

les pendientes. Cuando al cabo de dos meses me echaron, me sentí sinceramente agradecida.

Seguí a la deriva hasta que papá me envió un módico cheque. Luego tuve que enfrentarme nuevamente a la realidad y encontré un trabajo con la señora Louise B. Field, quien insistía en denominarme «representante» de bienes raíces. Yo daba a los clientes la lista de apartamentos en venta en Nueva York. Lo principal de mi trabajo consistía, lo recuerdo, en ir a comprar nata para la señora Field, que se la comía con una cucharada de té frío. Pero, un día, estaba yo leyendo a Proust detrás del libro mayor, concentrada en una larga oración proustiana, y la señora Field me pescó. Alzó el libro mayor y me dio con él en la cabeza. Su dardo venenoso, como despedida, fue «no llegarás a nada en este mundo», y me golpeó otra vez con el libro. Así, dadas las circunstancias, fui despedida una vez más.

Entre tanto, mi amigo Edwin, que estaba en Columbus, me había escrito diciéndome que en la biblioteca había conocido a un muchacho y que lo había invitado a tomar una copa en su casa. Me contaba que era encantador y que me agradaría mucho, a mi regreso me lo presentaría. En junio de 1935 volví a casa y conocí a Reeves McCullers¹⁴ en el apartamento de Edwin Peacock. La primera vez que lo vi sufrí una conmoción, la conmoción de la belleza pura; era el hombre más apuesto que yo había visto en mi vida. También hablaba de Marx y Engels, y supe que era un liberal, lo cual, a mi juicio, tenía importancia en aquella retrógrada comunidad sureña. Edwin, Reeves y yo pasamos juntos días enteros, y una noche en la que Reeves y yo íbamos caminando solos, mirando las estrellas, no me di cuenta del tiempo transcurrido, y cuando Reeves me llevó a casa, mis padres estaban angustiados, pues eran las dos de la mañana. No obstante, a mi madre también le encantó Reeves, él solía lle-

14. James Reeves McCullers (1913-1952), nació el 11 de agosto de 1913 en Wetumpka, Alabama.

varle bonitos discos. Por aquella época trabajaba en el ejército, en Fort Bening, Georgia. A ambos nos gustaba el deporte y Reeves le pedía prestada a Edwin su bicicleta y nos íbamos al campamento de chicas *scouts*, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Mamá nos preparaba un paquete con el almuerzo y nos íbamos pedaleando uno junto al otro, deteniéndonos de vez en cuando para beber algo frío. Su pasatiempo preferido era el ajedrez, y, después de nadar en el agua fría y marrón, jugábamos una partida (me ganaba siempre). Luego volvíamos a nadar y después emprendíamos el largo regreso a casa en bicicleta. Yo tenía dieciocho años y era mi primer amor. Se marcharía a Nueva York a estudiar, y yo sabía que su partida me entristecería.

Hacía un par de años que yo escribía y Reeves decía que él también iba a ser escritor. Al final del verano tuve febrícula, el médico pensó que podía ser tuberculosis, de manera que me obligaron a quedarme en casa. Resultó ser un ataque de fiebre reumática infantil, pero nunca me dieron un diagnóstico correcto.

Reeves partió al comienzo del año escolar, a principios de septiembre, después de comprarle su libertad al ejército. Aquellos días su tía le había dejado algo de dinero, que él muy generosamente quiso compartir conmigo, pero yo no acepté diciéndole que él lo necesitaría para estudiar. No advertí la cualidad perdida de Reeves hasta que él se perdió de verdad.

Entre tanto, me quedaba Edwin como único amigo; Reeves se había ido y yo vivía pensando en su regreso en Navidad. Llena de miedo y enferma, me entretenía escribiendo, ilusionada y esperando a Reeves. Volvió en Navidad, y, por primera vez, bebimos jerez en lugar de la cerveza que habíamos bebido siempre. De vez en cuando, él bebía whisky. No, yo nunca reconocí la cualidad perdida de Reeves McCullers hasta que fue demasiado tarde para salvarlo y salvarme yo. Tenía una constitución física espléndida y por aquellos días yo no hubiera sido capaz de reconocer el alcoholismo. Nunca habíamos he-

cho el amor porque yo le dije que no deseaba tener esa experiencia hasta no estar segura de que lo amaría para siempre.

Después de las vacaciones de Navidad, Reeves me convenció para que me reuniera con él en Nueva York. Yo estaba mucho mejor, si bien aún tenía febrícula. Comunicué a mis padres que me iba con él, y entonces fuimos a su apartamento de Westchester.

En cuanto llegué, Reeves abandonó la escuela y pasamos dos meses juntos. Le dije que creía que él debía tener trabajo antes de casarnos. Entonces volvimos al Sur. Partió a Charlotte, en Carolina del Norte, mientras yo me quedaba en Columbus. Finalmente, me envió un telegrama diciéndome que tenía empleo y que venía a buscarme. Cuando pienso en la paciencia y comprensión de mis padres no puedo sino maravillarme.



Carson con su madre, Vera Marguerite Waters Smith (Bebe), y su padre, Lamar Smith, junto a su casa de 1519 Starke Avenue, Columbus, Georgia. (*Reproducción autorizada por la Colección Fotográfica del Centro de Estudios Humanísticos Harry Ransom de la Universidad de Texas, Austin.*)